

LECTIO DIVINA IV DOMINGO DE ADVIENTO

Seguimos con las Posadas

OBLIGA ASISTIR A LA SANTA MISA EL 25 DE DICIEMBRE Y EL 1 DE ENERO

(22 de diciembre 2022)

Miq 5,1-4 Sal 79 Heb 10,5-10 Lc 1,39-45

TEMA

En esta última etapa del “camino adviento”, la liturgia revela un poco más la identidad del niño que viene de Dios y que los hombres esperan con impaciencia. Él entra al mundo por la puerta de la humildad y la sencillez; pero es “el Señor” de la historia, el Rey-Pastor quien nos guiará a los campos eternos donde hay Vida en abundancia.

En la primera lectura, el profeta Miqueas deja a los habitantes de Judá una invitación a la esperanza. Le promete a este pueblo humillado, angustiado, de futuro incierto, que Dios les enviará un nuevo rey, humilde y bueno, que inaugurará una era de prosperidad, justicia y armonía. Como pastor de Judá, se dejará guiar por las instrucciones de Dios; y será, para todos los que la esperan, “paz”.

En el Evangelio, dos mujeres, cargadas de esperanza, nos invitan a centrar nuestra atención en el niño que está por llegar y a acogerlo adecuadamente: con el mismo amor, con la misma alegría, con la misma gratitud, con el mismo asombro que sintieron ante la visita de Jesús. Jesús es – nos dicen – el centro de la historia de la salvación, el cumplimiento pleno de las promesas de Dios, el “Señor” de la historia que vistió nuestra humanidad para traernos la paz.

En la segunda lectura, un “maestro” cristiano del siglo I nos ofrece la clave de lectura para comprender la vida de Jesús: desde que “entró” al mundo, estuvo dispuesto a poner su vida al servicio del plan de Dios, en total obediencia y absoluta entrega a la voluntad del Padre. Así están llamados a vivir todos aquellos que están dispuestos a acoger a Jesús y seguirlo.

Miqueas 5,1-4

Esto dice el Señor:

“De ti, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel, cuyos orígenes se remontan a tiempos pasados, a los días más antiguos.

Por eso, el Señor abandonará a Israel, mientras no dé a luz la que ha de dar a luz.

Entonces el resto de sus hermanos se unirá a los hijos de Israel.

Él se levantará para pastorear a su pueblo con la fuerza y la majestad del Señor, su Dios.

Ellos habitarán tranquilos, porque la grandeza del que ha de nacer llenará la tierra y él mismo será la paz”. **Palabra de Dios.**

AMBIENTE

Miqueas nació en *Moreset Gat*, una aldea de Judá, a unas 22 millas al suroeste de Jerusalén. Moreset Gat nos sitúa en un entorno rural, donde había muchos pequeños agricultores que fueron víctimas de los abusos de los grandes terratenientes. Por otra parte, la existencia en esta zona de varias fortalezas militares (Azeqa, Soco, Adulán, Maresa, Laquis) trajo un problema adicional a los habitantes de la región: los oficiales militares y reales allí destinados cometían todo tipo de abusos arbitrarios. actos contra los campesinos pobres. Impuestos excesivos, robos a mano armada, trabajos forzados, arrogancia e injusticias de todo tipo amargaron la vida cotidiana de la gente sencilla de la región.

Según el libro (cf. Miqueas 1:1), el ministerio profético de Miqueas abarcó los reinados de Jotam (739-734 a. C.), Ajaz (734-727 a. C.) y Ezequías (727-698 a. C.). Para Judá fue una fase histórica difícil, marcada por la hegemonía de Asiria en la región. En el 722 a. C., el rey asirio Salamanesar V conquistó Samaria y, paralelamente, convirtió a Judá en vasallo de Asiria. Ezequías, rey de Judá, tuvo que somete-

rse al poder asirio. Tras unos años de relativa calma, aprovechando la muerte del rey Sargón II (705 a. C.), Ezequías se unió a una coalición antiasiria; pero Senaquerib, sucesor de Sargón II, invadió Judá, conquistó varias ciudades y sitió Jerusalén. Para evitar males mayores, Ezequías se sometió y se comprometió a pagar a los asirios un fuerte tributo. Este fue el escenario histórico que marcó los últimos años del reinado de Ezequías.

Miqueas conocía bien la situación de los campesinos de Judá. Su mensaje denuncia las injusticias practicadas por los grandes terratenientes, la venalidad de los jueces, la violencia practicada por los militares y la clase dominante contra el pueblo sencillo, los mensajes mentirosos de los falsos profetas, la religión cómplice de los injustos y arrogantes, la infidelidad a Dios manifestado en el culto a dioses extranjeros... Miqueas considera que Dios está harto de tanto pecado y se prepara para castigar a Judá. Esta denuncia aparece principalmente en los capítulos 1 al 3 del libro de Miqueas.

Sin embargo, el profeta deja la puerta abierta a la esperanza. En los capítulos 4 y 5 del libro de Miqueas aparecen varios oráculos de salvación que hablan de un nuevo tiempo que Dios está preparando para su Pueblo: un remanente de Judá será semillero para el rebrote de la nación; Jerusalén será un centro donde gente de toda la tierra vendrá al encuentro de Dios; Aparecerá un rey, de los descendientes de David, que pastoreará a Judá y marcará el comienzo de una nueva época de tranquilidad, paz y abundancia de vida. Algunos eruditos bíblicos piensan que estos capítulos no fueron escritos por Miqueas, sino por un profeta anónimo, en la época del exilio babilónico.

El texto que la liturgia de este cuarto domingo de Adviento nos propone como primera lectura pertenece a esta hornada de “oráculos de salvación”.

MENSAJE

El rey de Judá (Ezequías) fue humillado por los asirios, quienes lo rodearon en Jerusalén y lo avergonzaron ante el pueblo que gobernaba (“nos pusieron sitio; con vara golpearon en la cara al juez de Israel” – Miqueas 4, 14). Pero esta historia de desastre cambiará: Dios levantará un nuevo rey para Judá, un rey que será muy diferente de aquellos que han gobernado los destinos del Pueblo.

Este rey no nacerá en Jerusalén, en el palacio real, donde la vida se desarrolla entre intrigas, ambiciones, corrupción y juegos de poder; pero vendrá de la pequeña aldea de **Belén-Efratá**, de donde una vez vino el rey David. Será un rey que volverá a los orígenes humildes de David, el pastor que Dios eligió para presidir los destinos de su Pueblo (v. 1). No cultivará el orgullo, la ambición, la autosuficiencia, ni se dejará dominar por la conciencia de su grandeza e importancia; pero recibirá de Dios, con toda humildad, el poder de cuidar del rebaño. Dirigirá a la nación teniendo en cuenta las instrucciones de Dios (v.3).

¿Cuándo sucederá esto? La respuesta aparece en forma de enigma: “Dios los abandonará hasta el momento en que dé a luz aquella que será madre. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel” (v. 2). El profeta no nos deja pistas claras que permitan interpretar el enigma. Sin embargo, parece implicar que el pueblo de Judá vivirá un tiempo de prueba y sufrimiento (“Dios los abandonará”), hasta que llegue el momento de “dé a luz aquella que será madre”. Quien “será madre” será, presumiblemente, quien dé a luz al rey prometido. La referencia al tiempo en que “el resto de sus hermanos volverán a los hijos de Israel” podría aludir al final del Exilio, cuando los exiliados regresan a Jerusalén.

Finalmente, bajo la autoridad de este rey, Judá vivirá en paz y seguridad: “él será paz” (v. 5a). La palabra “*shalom*”, utilizada aquí, se refiere a la ausencia de violencia y conflicto, pero también al bienestar, la abundancia de vida, la armonía, la felicidad completa. Esta será la obra del rey humilde y bueno que Dios levantará para su Pueblo.

Aquí nos encontramos ante una de las profecías mesiánicas más hermosas del Antiguo Testamento.

Engrosará la cadena mesiánica que, a lo largo de los siglos, sostendrá la esperanza del Pueblo de Dios. El evangelista Mateo verá el cumplimiento de esta profecía en el nacimiento de Jesús (cf. Mt 2,5-6).

ACTUALIZACION

- La profecía de Miqueas pone de relieve una constante que se repite a lo largo de la historia de la salvación: los hombres, con ridícula terquedad, se empeñan en seguir caminos de egoísmo, orgullo, ambición, injusticia, violencia, destrucción, muerte; y Dios, con infinito amor, insiste en señalarles los caminos que

conducen a la vida, a la paz, a la plenitud, a la felicidad sin fin. ¿Tenemos razón cuando acusamos a Dios de permitir el mal y la violencia que ensombrecen el mundo y la historia de los hombres? Después de todo lo que Dios ha hecho para abrir puertas de esperanza en los muros sin salida que hemos erigido, ¿podemos culparlo por el estado actual de nuestro mundo? ¿Es Dios quien no se preocupa por nosotros, o somos nosotros quienes no nos preocupamos por Dios, sus instrucciones y su amor?

• Los cristianos conectamos la profecía de Miqueas –sobre ese humilde rey que vendrá al encuentro de los hombres y que será “paz”– con la venida de Jesús. Jesús, nacido de la familia de David, vino a nuestro encuentro vestido de humildad y nos invitó a colaborar con él en la construcción de un mundo de paz, justicia, comprensión y amor. Jesús llamó a este “proyecto” el “reino de Dios”. Nosotros, encantados por Jesús, decidimos embarcarnos con Él en la hermosa aventura de construir el reino de Dios. ¿Estamos realmente comprometidos con este proyecto? ¿Nos esforzamos por eliminar todo lo que nos rodea que es fuente de conflicto, injusticia, opresión, sufrimiento, muerte? ¿Buscamos dar testimonio de bondad, amor, misericordia, comprensión, perdón, servicio? ¿Nuestro objetivo, como el de Jesús, es construir un mundo de paz?

Salmo 79

R. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos.

Escúchanos, pastor de Israel;
tú que estás rodeado de querubines,
manifiéstate;

despierta tu poder y ven a salvarnos. R.

R. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos.

Señor, Dios de los ejércitos, vuelve tus ojos,
mira tu viña y visítala;

protege la cepa plantada por tu mano,
el renuevo que tú mismo cultivaste. R.

R. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos.

Que tu diestra defienda al que elegiste,
al hombre que has fortalecido.

Ya no nos alejaremos de ti;
consérvanos la vida y alabaremos tu poder. R.

R. Señor, muéstranos tu favor y sálvanos

Hebreo 10,5-10

Hermanos: Al entrar al mundo, Cristo dijo, conforme al salmo: No quisiste víctimas ni ofrendas; en cambio, me has dado un cuerpo. No te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado; entonces dije –porque a mí se refiere la Escritura–: “Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad”.

Comienza por decir: “No quisiste víctimas ni ofrendas, no te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado –siendo así que eso es lo que pedía la ley–; y luego añade: “Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad”.

*Con esto, Cristo suprime los antiguos sacrificios, para establecer el nuevo. Y en virtud de esta voluntad, todos quedamos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez por todas. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

No sabemos quién fue el autor del escrito que se llamó “Carta a los Hebreos”. La tradición oriental lo atribuye a São Paulo; pero en Occidente este texto ha sido considerado durante mucho tiempo no paulino. Aparecida en la segunda mitad de los años sesenta del siglo I (antes de la destrucción de Jerusalén, en el año 70, como se habla de la liturgia del Templo como realidad actual), podría ser obra de un discípulo de Pablo, comprometido con fomentando la experiencia del compromiso cristiano y llevando a los creyentes a crecer en la fe.

Aunque la tradición ha considerado a los “hebreos” como destinatarios de este escrito, esto no significa efectivamente que su autor lo haya destinado exclusivamente a los cristianos del mundo judío. Es cierto que en él se hace referencia continuamente a hechos y cifras del Antiguo Testamento; pero, en ese momento, el Antiguo Testamento era ya herencia común de todos los cristianos, incluso de los que procedían del mundo grecorromano. Se trataba, en cualquier caso, de comunidades cristianas en situaciones difíciles, expuestas a persecuciones y que vivían en un ambiente hostil a la fe... Los miembros de estas comuni-

dades ya habían perdido el fervor inicial por el Evangelio y comenzaban a ceder ante la seducción de ciertas doctrinas poco coherentes con la fe recibida de los apóstoles...

La Carta a los Hebreos presenta – utilizando el lenguaje de la teología judía – el misterio de Cristo, sacerdote por excelencia – a través del cual los hombres tienen acceso a Dios y se insertan en la comunión real y definitiva con Dios. El autor aprovecha entonces para reflexionar sobre las implicaciones de este hecho: puestos en relación con el Padre por Cristo/sacerdote, los creyentes se insertan en este Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana y deben hacer de su vida un continuo sacrificio de alabanza, de entrega y amor. De este modo, el autor ofrece a los cristianos una profundización y ampliación de la fe primitiva, capaz de revitalizar su experiencia de fe, debilitada por la acomodación y la persecución.

El texto que se nos propone en segunda lectura en este cuarto domingo de Adviento pertenece a la tercera parte de la carta (Hb 5,11-10,39). Allí, el autor de la Carta presenta a Cristo como sumo sacerdote. Pero, como sumo sacerdote, que media entre Dios y los hombres, Cristo es muy superior a los sacerdotes del Antiguo Testamento. Él, sumo sacerdote de la nueva Alianza, inaugura un nuevo culto, ofreciéndose al Padre, en sacrificio perfecto y eficaz. Su sacrificio obtiene la salvación eterna para todos los hombres.

MENSAJE

En el universo religioso del Antiguo Testamento, cuando un creyente pretendía celebrar su comunión con Dios, manifestar su entrega absoluta a Dios u obtener el perdón de sus pecados, ofrecía un animal como sacrificio. El ritual de los sacrificios determinaba detalladamente cómo se procesaba cada una de estas ofrendas sacrificiales (cf. Lv 1,1-17; 6,1-6: los holocaustos; Lv 3,1-17; 7,11-21: los sacrificios de comunión; Lv 4,1-35; 7,1-10: sacrificios de expiación por el pecado). Además, cada año, en el gran día de la Expiación (“*Yom Kipur*”), el sumo sacerdote realizaba varios ritos expiatorios por sus pecados y por los pecados de todo el pueblo (cf. Lv 16,1-34). Sin embargo, la inutilidad e ineficacia de todos estos sacrificios ya había sido afirmada por los profetas (cf. Is 1,11-13; Jer 6,20; 7,22; Os 6,6; Am 5,21-25; Mi 6,6-8). Los sangrientos rituales de sacrificio practicados en el templo de Jerusalén no agradaron a Dios. Eran rituales puramente externos que, a pesar de repetirse innumerables veces, dejaban todo igual: no cambiaban el corazón ni el comportamiento de los hombres.

Jesús, el sumo sacerdote de la nueva Alianza, está dispuesto a ofrecer a Dios un sacrificio diferente. El autor de la Carta a los Hebreos pone en boca de Cristo, al entrar en el mundo, las palabras de un salmista (cf. Sal 40, 7-8) consciente de que Dios propone otro tipo de sacrificio: «*“No quisiste víctimas ni ofrendas, no te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado –siendo así que eso es lo que pedía la ley–; y luego añade: “Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad”.*» (vv. 5-9). El mejor sacrificio que cada persona puede ofrecer es el sacrificio de la propia vida, la obediencia a la voluntad de Dios, la aceptación humilde de los proyectos de Dios, la entrega a Dios de la totalidad de su existencia.

Ahora bien, Cristo logró esta entrega de la que habló el salmista del Antiguo Testamento. Desde el primer momento de su encarnación puso su vida al servicio del proyecto de Dios. Esta entrega alcanzó su momento culminante en la cruz, cuando Cristo derramó su sangre hasta la última gota para que llegara a buen término el proyecto de salvación que Dios tenía para los hombres y el mundo. Este sacrificio, hecho de una vez por todas, reconcilió definitivamente a los hombres con Dios. Fuimos santificados, fuimos justificados por el sacrificio de Cristo (versículo 10).

En un momento en el que nos preparamos para acoger a Jesús, la reflexión que nos ofrece el autor de la Carta a los Hebreos nos prepara para comprender su encarnación, el motivo de su venida a nuestro encuentro y el modo en que vivió caminando entre nosotros. Ayúdanos, por otra parte, a esperar la venida de Jesús con la misma actitud de obediencia, disponibilidad y entrega que Él siempre tuvo en relación al proyecto del Padre.

ACTUALIZACION

- El autor de la Carta a los Hebreos nos ofrece una buena clave de lectura para comprender la vida de Jesús: desde que “entró” al mundo, estuvo dispuesto a poner su vida al servicio del plan de Dios, en total obediencia y entrega absoluta a la voluntad del Padre. Jesús no priorizó los proyectos personales, ni buscó ante todo su propia realización; no buscó riquezas, reconocimiento, glorias humanas, el aplauso de las

multitudes, seguridad o bienestar. Una vez dijo a sus discípulos: “*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su obra*” (Juan 4:34). Bajó al encuentro de los hombres, vistió nuestra fragilidad, experimentó el hambre, la sed, el cansancio, el miedo, se enfrentó a los amos del mundo, luchó contra la injusticia, asumió todos los riesgos, fue condenado a una muerte infame, para realizar el proyecto del Padre. ¿Qué lugar ocupa el proyecto de Dios en nuestras vidas y en nuestras prioridades? ¿Qué nos mueve, nos hace levantarnos cada día de la cama y afrontar el mundo: nuestros intereses personales, nuestras realizaciones humanas o la realización del proyecto de Dios?

•El autor de la Carta a los Hebreos sugiere que los sacrificios, los holocaustos, los rituales externos que no cambian nada, la religión fachada, no son el culto que Dios espera. Nuestras liturgias solemnes, nuestros cantos religiosos polifónicos, nuestras procesiones, nuestras oraciones mil veces repetidas, las suntuosas vestiduras que utilizamos en nuestras liturgias, nuestras procesiones llenas de altares, nuestras prácticas de piedad, nuestras fiestas religiosas mitad cristianas y mitad paganas, si no estamos disponibles para escuchar y aceptar su voluntad, el proyecto que tiene para los hombres y para el mundo. ¿Cómo es la adoración que brindamos a Dios? ¿La experiencia de nuestra fe va más allá de una religión de gestos externos, prácticas piadosas y rituales litúrgicos rutinarios? ¿Nuestra gran práctica religiosa es la obediencia a la voluntad de Dios?

•Para conocer el plan de Dios y obedecer su voluntad, necesitamos pasar tiempo con él. Jesús siempre reservaba tiempo para el diálogo con Dios. Cada día, después de encontrarse con la multitud, se retiraba a un lugar apartado y hablaba con el Padre. En este diálogo se dio cuenta del amor que el Padre le tenía, descubrió la voluntad del Padre y cobró fuerzas para llevar a cabo la misión. Jesús salió de estos momentos fortalecido en su decisión de obedecer incondicionalmente al Padre. El tiempo de Adviento es un tiempo propicio para revitalizar nuestra intimidad con Dios, para hablar más con Dios, para escuchar y acoger su Palabra. ¿Estamos dispuestos a hacer esto mientras esperamos que venga el Señor?

Lucas 1,39-45

LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA

El texto forma parte del llamado “**Evangelio de la infancia**”. Los estudios actuales hablan del “Evangelio de la infancia” como un género literario especial, que se puede llamar “homologesis”: es un género que no pretende ser un relato fidedigno de los acontecimientos, sino una catequesis destinada a anunciar las realidades salvíficas que la fe predica acerca de Jesús (que Él es el Mesías, el Hijo de Dios, el Dios con nosotros). Se desarrolla en forma de narración y usa las técnicas del midrash haggadico (una técnica para leer e interpretar el Antiguo Testamento usada por los rabinos judíos en el momento en que se escribió el Nuevo Testamento). La “homologesis” utiliza preferentemente tipologías: hechos y personas del Antiguo Testamento encuentran su correspondencia en hechos y personas del Nuevo Testamento. En el medio, se mezclan elementos apocalípticos (apariciones, ángeles, sueños), destinados a adelantar la narración y explicar las ideas teológicas y la catequesis sobre Jesús. Es esta mezcla de elementos lo que podemos encontrar en el Evangelio de hoy: más que información “periodística” sobre hechos concretos, es una catequesis sobre Jesús, hecha a partir de un conjunto de referencias extraídas del mensaje y las promesas del Antiguo Testamento.

En el Evangelio de Mateo la infancia de Jesús gira en torno a la persona de José, padre putativo de Jesús. Y a través de “José, esposo de María” (Mt 1,16) es como Jesús llega a ser descendiente de David, capaz de cumplir las promesas hechas a David.

En el Evangelio de Lucas, al contrario, la infancia de Jesús se centra en torno a la persona de María, “esposa de José” (Lc 1,27). Lucas no habla mucho de María, pero lo que dice es de una gran profundidad e importancia. Presenta a María como modelo de vida de las comunidades cristianas. La clave de este modo de mirar a María es la Palabra de Jesús con respecto a su madre: “*Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*” (Lc 11,28). En el modo en el que María se comporta con la Palabra de Dios, Lucas ve la actitud más correcta por parte de la comunidad para relacionarse con la Palabra de Dios: acogerla, encarnarla, interiorizarla, rumiarla, hacerla nacer y crecer, dejarse plasmar por ella, aunque muchas veces no la entendamos y nos haga sufrir. Esta es la visión que hace de telón de

fondo en los capítulos 1 y 2 del evangelio de Lucas, que hablan de María, la Madre de Jesús. O sea, cuando Lucas habla de María, piensa en las comunidades cristianas de su tiempo que vivían dispersas en las ciudades del Imperio Romano. María es el modelo de la comunidad fiel. Y, fiel a esta tradición bíblica, el último capítulo de la “Lumen Gentium” del Vaticano II que habla de la Iglesia, representa a María como modelo de la Iglesia. El episodio de la visita de María a Isabel indica otro aspecto típico de Lucas. Todas las palabras y actitudes, sobre todo el Cántico de María, forman una gran celebración de alabanza. Parece la descripción de una liturgia solemne. Haciendo así, Lucas evoca un doble ambiente: el ambiente orante en el que Jesús nace y crece en Palestina, y el ambiente litúrgico y celebrativo en el que las comunidades cristianas viven su fe. Enseña a transformar una visita de Dios en servicio a los hermanos.

AMBIENTE

El texto de Lucas que se nos propone en este cuarto domingo de Adviento pertenece al llamado “*evangelio de la infancia*”. Ahora bien, los “Evangelios de la infancia de Jesús” (tanto Mateo como Lucas) encajan en un género literario propio, que utiliza las técnicas del midrash hagádico (una técnica de lectura e interpretación del texto sagrado utilizada por los rabinos judíos) para presentarnos a el misterio de Jesús. La preocupación de los evangelistas que nos legaron los “evangelios de la infancia” no es presentar un relato fáctico de los acontecimientos de los primeros años de Jesús, sino más bien ofrecer a sus comunidades una catequesis que proclame ciertas realidades salvíficas (que Jesús es el Mesías, que Él viene de Dios, que es “Dios con nosotros”). Utilizando tipologías (correspondencia entre ciertos hechos y personas del Antiguo Testamento y otros hechos y personas del Nuevo Testamento), manifestaciones apocalípticas (ángeles, apariciones, sueños) y otros recursos literarios, Mateo y Lucas tejen su catequesis sobre Jesús, el Hijo de Dios que vino al encuentro de los hombres. El Evangelio que hoy se nos propone debe entenderse desde esta luz y en este marco.

Antes de la escena que nos describe en el evangelio de este domingo, Lucas nos habló de la visita del ángel Gabriel a María y del anuncio de que ella sería la madre de Jesús, el “Hijo del Altísimo”. El ángel también había avisado a María que su parienta Isabel estaba en el sexto mes de embarazo e iba a dar a luz un niño (cf. Lc 1, 26-38). Luego, Lucas hace que María abandone Nazaret y vaya “*apresuradamente al monte, a una ciudad de Judá*” (Lucas 1:39). Tu objetivo es conocer a Isabel. La tradición cristiana identifica esta “ciudad de Judá” con la actual *Ain Karim*, cuatro millas al oeste de Jerusalén.

COMENTARIO DEL TEXTO:

Lucas 1,39-40: María va a visitar a Isabel

Lucas pone el acento en la prontitud de María para responder a las exigencias de la Palabra de Dios. El ángel le anuncia que Isabel está encinta e inmediatamente María se pone en camino para verificar lo que el ángel le ha anunciado. Sale de casa para ir a ayudar a una persona que tiene necesidad de ayuda. De Nazaret hasta las montañas de Judea son casi más de cien kilómetros. No existían ni autobuses ni trenes. María escucha la Palabra y la pone en práctica de la forma más eficiente.

Lucas 1,41-44: El saludo de Isabel

Isabel representa al Viejo Testamento que termina (San Agustín decía: que en el Antiguo Testamento está escondido el Nuevo, y en el Nuevo cobra plenitud el Antiguo). María el Nuevo que empieza. El Viejo Testamento acoge al nuevo con gratitud y confianza, reconociendo en él el don gratuito de Dios que viene a realizar y a completar todas las esperanzas de las gentes. En el encuentro entre las dos mujeres se manifiesta el don del Espíritu que hace saltar de gozo al niño en el seno de Isabel. La Buena Noticia de Dios revela su presencia en una de las cosas más comunes de la vida humana, como es, dos mujeres de casa que se hacen una visita para ayudarse. Visita, alegría, gravidez, hijos, ayuda mutua, casa, familia: y es en esto en lo que Lucas quiere que las comunidades (y todos nosotros) sintamos y descubramos la presencia del Reino. Hasta hoy, las palabras de Isabel forman parte del salmo más conocido y más recitado en todo el mundo, a saber, el **Ave María**.

Lucas 1,45: El elogio de Isabel a María

“Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”. Es el mensaje de Lucas a las Comunidades: creer en la palabra de Dios, que tiene la fuerza de realizar lo que nos dice. Es la Palabra que crea. Genera vida nueva en el seno de una virgen, en el seno del pueblo pobre y abandonado que la acoge con fe. Este elogio que Isabel hace a María se completa con el elogio que Jesús hace de su madre: “Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica” (Lc 11,28).

Aquí añadimos el Cántico de María: el MAGNIFICAT (Lc 1,46-56), que no forma parte del texto del Evangelio del cuarto domingo de Adviento. Pero, sería importante darle una buena leída.

Lucas 1,46-56: El cántico de María

Con toda probabilidad, este cántico era conocido y cantado en las comunidades cristianas. Enseña cómo se debe rezar y cantar. Es también una especie de termómetro que revela el nivel de conciencia de las comunidades de la Grecia para las cuales Lucas escribe el evangelio. Hasta hoy, por los cantos que se escuchan y se cantan en las comunidades es posible valorar el nivel de conciencia de las mismas.

Lucas 1, 46-50

María comienza proclamando el cambio realizado en su vida bajo la mirada amorosa de Dios, lleno de misericordia. Por esto, canta feliz: “*Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava. Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente y Santo es su Nombre: de generación en generación su misericordia se extiende sobre aquellos que le temen*”. Para poder valorar toda la magnitud de estas palabras muy conocidas, conviene recordar que se trata de una muchacha muy joven, quizás de quince o dieciséis años, pobre, de una aldea desconocida de la Palestina, periferia del mundo, pero con una clara conciencia de su condición y de su misión, tanto la suya como la de su gente. María imita el cántico de Ana, madre del profeta Samuel (1 Sam 2,1-10).

Lucas 1,51-53

Inmediatamente María canta la fidelidad de Yahvé hacia su pueblo y proclama el cambio que el brazo fuerte de Yahvé estaba cumpliendo a favor de los pobres y de los hambrientos. La expresión “brazo de Dios” recuerda la liberación del Éxodo. Este cambio adviene gracias a la fuerza salvadora de Yahvé: dispersa a los soberbios (1,51), destrona los poderosos de sus tronos y ensalza a los humildes (1,52), despidió a los ricos con las manos vacías y a los hambrientos los colmó de bienes. (1,53). Aquí aparece el nivel de conciencia de los pobres del tiempo de Jesús y de las comunidades del tiempo de Lucas que cantaban este cántico y probablemente lo sabían de memoria. Vale la pena de compararlos con los cantos que hoy cantan las comunidades en las iglesias. ¿Es que hemos perdido la conciencia política y social que se manifiesta en el Cántico de María? En los años 70 del siglo pasado una dictadura militar de uno de los países suramericanos, en ocasión de la pascua militar, censuró este cántico de María porque se consideró subversivo. ¡Hasta hoy la conciencia de María, Madre de Jesús, resulta incómoda!

Lucas 1,54-55

Finalmente recuerda que todo esto es expresión de la misericordia de Dios por su pueblo y con su pueblo y expresión de su fidelidad a las promesas hechas a Abrahán. La Buena Noticia no es una recompensa por la observancia de la ley, sino una expresión de la bondad y de la fidelidad de Dios a las promesas. Es lo que Pablo enseñaba en sus cartas a los Gálatas y a los Romanos.

Ampliando las informaciones

Lucas 1 y 2: Fin del Viejo Testamento, comienzo del Nuevo Testamento

En los dos primeros capítulos de Lucas, toda gira en torno al nacimiento de dos criaturas: Juan y Jesús. Los dos capítulos nos hacen sentir el perfume del Evangelio de Lucas. En ellos el ambiente es de alabanza y de ternura. Del principio hasta el fin, se alaba y se canta la misericordia de Dios que, finalmente, irrumpe para cumplir sus promesas. Y las cumple a favor de los pobres, los **anawin**, de aquellos, que saben esperar su venida: Isabel, Zacarías, María, José, Simeón, Ana los pastores y los tres magos.

El primero y el segundo capítulo del Evangelio de Lucas son muy conocidos, pero pocos meditados con profundidad. Lucas escribe imitando los escritos del Viejo Testamento. Es como si los dos primeros capítulos de su evangelio fuesen los últimos del Viejo Testamento, abriendo así la puerta para la venida del Nuevo. Estos dos capítulos son el umbral entre el Viejo y el Nuevo Testamento. Lucas quiere mostrar a Teófilo que las profecías se están realizando. Jesús cumple el Viejo y da comienzo al Nuevo. Estos dos capítulos del Evangelio de Lucas no son historia en el sentido de como hoy nosotros entendemos la historia. Funcionaban, mucho más como un espejo, en el cual los destinatarios del evangelio, los cristianos convertidos del paganismo descubrían que Jesús había venido a cumplir las profecías del Viejo Testamento y a responder a las más profundas aspiraciones del corazón humano. Eran también el símbolo de lo que estaba sucediendo en las comunidades del tiempo de Lucas. Las comunidades venidas del paganismo nacieron de las comunidades de judíos convertidos. Pero serán diversas. El Nuevo no corresponde del todo a lo que el Viejo imaginaba y esperaba. Era “signo de contradicción” (Lc 2,34), causaba tensiones y era fuente de mucho dolor. En la conducta de María, Lucas presenta un modelo de cómo reaccionar y perseverar en el Nuevo.

MENSAJE

El evangelista Lucas no muestra ningún interés por la descripción del viaje de María de Nazaret desde Galilea a Judea; presenta el encuentro entre las dos futuras madres (María, la que será la madre de Jesús, e Isabel, la que será la madre de Juan).

María “*entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel*” (v. 40). “*Shalom*” es el saludo hebreo habitual (“paz”). La indicación del saludo de María parece un hecho banal; pero, si Lucas lo incluye en su narración es porque no lo considera algo rutinario e insignificante. María entró en casa de Zacarías deseando y trayendo “paz”. La palabra hebrea “shalom” expresa todo el bien que se puede desear para alguien: bienestar, armonía, salud, abundancia de vida, felicidad. Ahora bien, la “paz” es, en la tradición religiosa de Israel, un don mesiánico: en los días del rey futuro “*florece la justicia y una gran paz hasta el fin de los tiempos*” (Sal 72,7); el niño que nos nacerá y que “tiene la soberanía sobre sus hombros” será llamado “*Príncipe de Paz*” (Is 9,5); el que vendrá de *Belén-Efrata* a reinar sobre Israel “será paz” (Miqueas 5,4). La paz que el Mesías trae a su Pueblo llegó a casa de Zacarías, llevada por María. Isabel, al aceptar el saludo de María, siente que el hijo que lleva en su seno “se regocija” (v. 41). Es la reacción de alegría de quien encuentra al Mesías, el que trae la paz. El hijo de Isabel (que tendrá la misión de preparar a los hombres para la llegada del Señor) reconoce en el hijo de María al Mesías que nacerá y ofrecerá a Israel los dones de Dios. La presencia de Jesús provoca la alegría, el estremecimiento gozoso del Israel fiel que espera el cumplimiento de las promesas de Dios y que ve en la llegada de Jesús la proximidad de ese mundo de justicia, de paz y de felicidad anunciado por los profetas.

Isabel responde al saludo de María con un grito de alegría que se expresa en una doble bendición: “*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*” (v. 42). La expresión “bendita tú entre las mujeres” aparece en el “cántico de Débora” (cf. Jz 5,24) para celebrar a Jael, la mujer que, a pesar de su fragilidad, fue instrumento de Dios para liberar al Pueblo de las manos de Sísara, el líder del ejército cananeo que oprimió a Israel; aparece también en el canto que celebra la acción de Judit, la mujer que decapitó al general asirio Holofernes y liberó al Pueblo de Dios del acoso del ejército asirio (cf. Jdt 13,18). María, la mujer sencilla y pobre de Nazaret, se presenta como instrumento de Dios para realizar la salvación/liberación del Pueblo de Dios. La expresión “*bendito el fruto de tu vientre*” es el reconocimiento de Isabel de que María trae consigo al Hijo de Dios que vino al encuentro de los hombres para ofrecerles Vida nueva y eterna.

El grito de alegría de Isabel coincide con el asombro que siente ante la presencia de la Madre del Señor en su humilde hogar: “*¿De dónde me es dado que la Madre de mi Señor venga a mí?*” (v. 43). Isabel, en su humildad, no se siente digna de acoger al Mesías esperado, que entra en su casa traído por María. Asombro, humildad y alegría son los signos que acompañan siempre la llegada de Dios a nuestras vidas. Por otra parte, Isabel reconoce que el niño que María lleva en su vientre es el “*Kyrios*”, el Señor del mundo y de la historia, el Dios que viene al encuentro de los hombres y preside la comunidad de la nueva Alianza.

Finalmente, Isabel proclama la “bienaventuranza” de María: *“bendita la que creyó en cumplir todo lo que le fue dicho de parte del Señor”* (v. 45). Ella es bendecida porque escuchó la Palabra de Dios, creyó en Dios y su proyecto y estuvo dispuesta a colaborar en el plan salvador de Dios. Esta bienaventuranza sirve de preparación a una escena que nos será contada más adelante, cuando Lucas describe el ministerio de Jesús... Una mujer anónima, alzando la voz entre la multitud, proclamó, dirigiéndose a Jesús: *“felices las entrañas que llevaron tú y los pechos que te amamantaron”* (Lucas 11:27); y Jesús respondió: *“Bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la ponen en práctica”* (Lucas 11:28). María es bendita porque creyó en la Palabra de Dios, acogió los planes de Dios, puso en práctica el plan de Dios. Su forma de escuchar y acoger la Palabra de Dios la convierte en modelo de fe para todos los discípulos. En la casa de Zacarías hay dos mujeres que son “parientes”, son de la misma familia: Isabel y María, el Antiguo y el Nuevo Testamento, el Israel de la antigua Alianza y el Pueblo de la nueva Alianza. Isabel y su bebé representan la comunidad del Antiguo Testamento, preñada de esperanza, que espera el cumplimiento de las promesas hechas por Dios a través de los profetas; María y su bebé representan el cumplimiento de estas promesas, la nueva realidad nacida de la visita de Dios al mundo y a la vida de los hombres. El Israel fiel, a través de Isabel, reconoce en el bebé que María trae consigo el **“Kyrios”**, el Dios que viene al encuentro de su Pueblo para cumplir sus promesas y para instaurar una nueva era de vida y de paz sin fin.

ACTUALIZACION

- Estamos en la última etapa del “camino del adviento”. En estos días previos a la celebración de la Navidad, tendemos a quedar atrapados en el ajetreo de los preparativos de la fiesta, la prisa por los “regalos”, el protocolo de los deseos de felices fiestas, el “ruido de fondo” de las luces, spots comerciales, música navideña; y, en medio de esta ola de futilidad que nos sumerge y nos arrastra, podemos perder de vista al Dios que viene a nosotros. Ahora, esas dos mujeres cargadas de esperanza – María e Isabel – que Lucas sitúa en el centro del Evangelio de este domingo nos invitan a centrar nuestra atención en el niño que está por llegar y a acogerlo adecuadamente: con amor, con alegría, con gratitud, con el asombro que sintieron ante la visita de Jesús. Jesús es el centro de la historia de la salvación, la plena realización de las promesas de Dios, el “Señor” de la historia (el “Kyrios”) que vistió nuestra humanidad para traernos la paz. ¿Estamos enfocados en Él? ¿Hay lugar para Él en nuestros corazones y vidas?
- María, después de recibir la llamada de Dios y aceptar ser madre del “Hijo del Altísimo”, emprendió su camino. No se queda encerrada en su casa, inmersa en la contemplación de su condición de madre de un niño que heredará “el trono de David su padre” y que *“reinará sobre la casa de Jacob para siempre”* (Lc 1,32- 33), como le dijo el mensajero de Dios. Llevando al Mesías prometido, se convierte en mensajera de paz. Habitada por buenas noticias, María se convierte en “evangelizadora”. Ella lleva el “Evangelio” a quienes esperan con impaciencia la Buena Nueva de la llegada liberadora de Dios. Así prepara el nacimiento de ese niño que viene a cambiar el curso de la historia de la humanidad. En estos días previos a la celebración del nacimiento de Jesús, ¿hemos sido mensajeros de la paz que Jesús vino a ofrecer al mundo y a los hombres? ¿Hemos sido heraldos de la Buena Nueva de la llegada de la salvación?
- Cuando María se acercó a Isabel y la saludó, el niño de Isabel saltaba de alegría en el vientre de su madre. Isabel también reaccionó a la llegada y al saludo de María con un grito de alegría incontenible. Es la alegría de quien se siente visitado por Dios; es el gozo de quien reconoce la llegada de la salvación; Es la alegría de quien comprende que ha llegado el nuevo tiempo de verdadera paz, de liberación definitiva, de felicidad sin fin. ¿Los hombres y mujeres que se cruzan en nuestro camino cada día en la vida tiemblan de alegría ante la noticia que les damos? ¿Sientes, a través de nuestro testimonio, que Dios ha llegado para hacerte avanzar por un camino nuevo y feliz? ¿Los que la vida ha herido, los que permanecen tirados a los lados del camino por el que avanza la humanidad, los que no tienen voz ni voz, los que lloran lágrimas amargas de rebelión y arrepentimiento sienten, a través de nuestro testimonio, que Dios ha venido al encuentro para curar sus heridas y darles nuevas esperanzas?
- María de Nazaré es una joven humilde de un pueblo que no está en el mapa, comprometida con un pobre artesano de Nazaré; Isabel es una mujer mayor, ama de casa, que vive en un pequeño pueblo de Judá, junto a un marido igualmente anciano. Ninguna de ellas aparece en la lista de mujeres importantes de

Palestina en ese momento. María fue elegida para traer al mundo a Jesús, el salvador prometido por Dios a los hombres; Isabel recibió la visita del niño que vino a traer esperanza a Israel y al mundo. Son “bienaventurados”, a pesar de la humildad y sencillez de sus vidas. Dios, cuando entra en el mundo, elige siempre la puerta de la sencillez, de la humildad, de la pequeñez. ¿Somos conscientes de esto? ¿Quiénes son para nosotros los “bienaventurados” hoy? ¿Quiénes son hoy aquellos a través de quienes Dios ofrece al mundo salvación y paz?

- Isabel proclama a María “bienaventurada” porque “creyó en el cumplimiento de todo lo que le fue dicho de parte del Señor”. De hecho, María no necesitó muchas explicaciones cuando le pidieron colaborar en el proyecto de Dios. No dudó, no pidió garantías, no buscó salvaguardar sus proyectos personales, no cuestionó la lógica de Dios... Simplemente confió en la Palabra de Dios y se entregó confiadamente en las manos de Dios. María es la mujer de fe auténtica, el modelo del verdadero creyente. ¿Es así como “creemos”? Cuando Dios nos pide que vayamos contra el sentido común, o contra la corriente, o contra los “formadores de opinión” de nuestro tiempo, ¿aceptamos la Palabra de Dios y reaccionamos con la misma confianza incondicional que María?

- Aunque nuestro texto no habla de esto, es posible ver en la visita de María a Isabel un gesto de solidaridad con aquella familiar anciana que iba a tener un bebé y que necesitaba apoyo y ayuda. ¿Somos conscientes de que acoger a Jesús significa estar atentos a las necesidades de nuestros hermanos, salir a su encuentro, compartir con ellos nuestra amistad y ser solidarios en sus necesidades?